

VICENTE

Biografía autorizada

Javier Amaro
José Félix Díaz
Miguel Ángel Díaz
Miguel Ángel Lara
Raúl Varela



Prólogo de
Iker Casillas

LIBROS CÚPULA



**Javier Amaro, José Félix Díaz, Miguel Ángel Díaz,
Miguel Ángel Lara, Raúl Varela**

VICENTE

Biografía autorizada

**Prólogo de
Iker Casillas**

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Javier Amaro, José Félix Díaz, Miguel Ángel Díaz, Miguel Ángel Lara, Raúl Varela, 2014

© del prólogo: Iker Casillas

© de la «Carta a Luis»: Vicente del Bosque

© de la fotografía de la cubierta: Pablo García

© de las fotografías del interior: Pablo García, Carmelo Rubio RFEF, Daniel Sastre y Roberto Pardo

Primera edición: abril de 2014

© Scyla Editores, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Editado por Timun Mas

Libros Cúpula es marca registrada por Scyla Editores, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-1913-6

Depósito legal: B. 5.564-2014

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prólogo	9
Carta a Luis	13
Introducción y agradecimientos	15
«¿Qué sería de nosotros sin él?»	19
Un niño y un balón en las calles de Salamanca	37
El sello Del Bosque	47
Un hijo de la posguerra llega al Madrid	65
Maestros y escuderos	81
«Cuando seas mayor, comerás huevos...»	103
El portazo del Real Madrid	123
El caballero de Estambul	141
«¡Firma ya!, joder...»	159
«Uno de los nuestros»	175
Un mal actor, un gran valor	199
Consulta con el psicólogo	213
«De mayor quiero ser Del Bosque»	231
El embajador paciente	245
Elogio de la vida sencilla	263
Anexo 1 Premios recibidos por Vicente del Bosque	273
Anexo 2 Discursos de Vicente del Bosque	283
Anexo 3 A Álvaro del Bosque	297
Anexo 4 Partidos que ha dirigido Vicente del Bosque como seleccionador	299

«¿QUÉ SERÍA DE NOSOTROS SIN ÉL?»

Es un diálogo breve. Pero sincero y cargado de contenido. Se repite a diario. De obligado cumplimiento. Un padre y un hijo. Dos palabras cada uno. Y un mensaje inequívoco.

—Te quiero.

—Ya, papá.

No es Vicente del Bosque un hombre especialmente romántico, ni meloso. Ni siquiera retórico. Pero nunca duda en demostrarle a su hijo lo que siente por él. Como tampoco Álvaro, a su manera, quien ratifica ese sentimiento de forma bidireccional con su pícara sonrisa. Una forma como otra cualquiera de amor. Intenso y verdadero. Se podría decir, incluso, puro. Desde que nació.

Era 6 de agosto y corría el año 1989. Del Bosque entrenaba al Castilla y buena parte de su familia ya merodeaba por el desaparecido hospital del Nuevo Parque donde Trini iba a dar a luz a su segundo hijo.

Dos años antes había estrenado paternidad. En ese mismo centro médico había nacido el primogénito, al que pusieron por nombre Vicente. La genética decantó la balanza a favor de Trini, su madre. Rubio y con los ojos azules. El típico bebé guapo y risueño ante el que las vecinas se paran cada vez que se lo encuentran de paseo con el cochecito por el parque.

Todo ello fue fruto de una relación muy rodada y consolidada desde hace ya más de treinta años. En concreto fue en la temporada

1973-1974 cuando Trini clavó sus ojos nórdicos en un apuesto castellano, de porte recio, semblante serio y mirada huidiza y tímida. Del bigote, ni señal. Aparecería como árbol de hoja perenne poco tiempo después. ¿El motivo? La estrechez de la cara. Trini pensaba, según su gusto, que el mostacho redondearía la apariencia del rostro del seleccionador. Y hasta hoy. Ni tres bautizos, ni dos Champions, ni un Mundial. Nada ha sido pretexto suficientemente fuerte como para pasarse la navaja de afeitar bajo la nariz. Ni siquiera lo consiguió José María Gutiérrez, Guti. En edad de meritorio, el de Torrejón de Ardoz se cruzó en las escaleras que unían los campos 1 y 2 donde entrenaban las categorías inferiores del Real Madrid con Del Bosque, el mandamás. Lucía el mismo corte de pelo que un referente del primer equipo como era el argentino Fernando Redondo. Melena lisa, enroscada en las orejas y casi tocando los hombros con las puntas. Vicente, amante escrupuloso del orden y el buen vestir, según los patrones clásicos, le espetó a bocajarro:

—Un tío majo como tú... ¿por qué no te cortas el pelo?

A lo que recibió por respuesta:

—Míster, cuando usted se corte el bigote, yo me cortaré el pelo.

Y pensó Del Bosque para sus adentros que Guti, por quien siente un enorme afecto, tenía razón con su respuesta. ¿Por qué iba a meterse en ese asunto del peinado?

El caso es que todavía sin ese toque de estilismo facial, la casualidad, el destino o las hadas quisieron que una joven de dieciséis años de carácter y aspecto totalmente opuestos posara su atención en un chico que resultaba ser futbolista, tal y como le había confesado el dueño de la cafetería que ambos frecuentaban en las inmediaciones de la calle General Margallo en la capital de España. Era el Mesón Los Zuecos. Una historia cocinada a fuego lento. Con sabor, con vitamina, bonita, romántica y con el final feliz que merecían los protago-

Nació en Salamanca, el 23 de diciembre de 1950

nistas. María de la Santísima Trinidad López, Trini para todos, compaginaba los estudios propios de su juventud con un trabajo en una oficina. En tiempos de la peseta había que echar una mano en casa. Y encontró acomodo como administrativa en Matepiq, una empresa catalana radicada en Madrid que fabricaba maquinaria técnica.

Su padre, que respondía por Pepe, además de malagueño, era un gran aficionado al fútbol y simpatizaba con el Málaga, su equipo. Nada le hacía pensar por aquella época que la niña de sus ojos iba a acabar presentando en casa al que se convertiría, años después, en el hombre de su vida y que cada domingo jugaba al fútbol en el Real Madrid. Tiempos conservadores que no aventuraban una relación duradera. Ni siquiera fácil.

Pero, si por algo destaca una toledana de Santa Bárbara devota de santa Gema como Trini, es por su personalidad y tenacidad. Su corazón lo tenía claro y, lejos de dejarse arrastrar por la cautela y la prudencia, dio rienda suelta a sus sentimientos permitiendo encuentros casuales a la hora del desayuno en esa cafetería que hizo que su vida cambiase para siempre. Tenía controladas las horas de paso en la ida y en la vuelta del quehacer diario de los jugadores del Real Madrid. Habría podido plasmar en un papel la planificación de entrenamientos con un margen escaso de error.

Al principio no se vislumbraba el romance por ninguna parte. La puerta parecía cerrada porque Vicente no hablaba mucho. Por educación, dejaba oír sus buenos días y poco más. El protagonismo y la palabrería eran para varios de sus compañeros con los que compartía piso antes de ir a la demolida ciudad deportiva del Real Madrid en la parte alta del paseo de la Castellana. Hasta que, después de litros de café y docenas de tostadas, Trini decidió dar un paso al frente. Aprovechó una ausencia de sus padres para pedirle a Vicente que la lleva-

se a casa en coche. Éste accedió, seguramente no sin experimentar el típico sudor frío que le entra con la tensión de cada partido. La amabilidad y dulzura de Vicente hizo el resto y, como en los cuentos, fueron felices firmando el obvio colofón de la ceremonia civil y el convite, en el que estuvieron presentes familiares y amigos tan allegados como escogidos para no romper el carácter tan intimista de la celebración, organizada en el afamado restaurante La Dorada, lugar vinculado a Vicente, ya que el local había sido de su pertenencia y de varios compañeros más del Real Madrid.

La boda, celebrada en un juzgado de la capital de España en el año 1986, era el desenlace lógico de una relación sustentada en la sinceridad y el compromiso. Durante su largo noviazgo vivían en casas separadas, lo normal en aquella época. A esto se añadían las separaciones temporales motivadas por las concentraciones y los viajes por España y Europa de Vicente, un centrocampista de prestigio que no sólo triunfaba en su club, sino también en la selección española de fútbol.

Después de contraer matrimonio, la familia hizo piña y se aglutinó en torno a la figura de ese salmantino de palabra medida y juicio justo. Estos valores que Del Bosque heredó de sus padres, ya ausentes, también eran compartidos por sus suegros, Pepa y Pepe, a los que siente como unos segundos progenitores. El padre de Trini aparcó su malaguismo para convertirse en el primero de los delbosquistas, al punto de llevarse al cielo la bandera del Mundial que con tanto cariño había recibido de sus nietos. En el caso de su suegra, ni siquiera el Alzheimer ha roto el vínculo tan estrecho que mantienen. Verlo y reconocerlo en persona o en televisión hacen que brote en ella una sonrisa llena de vida.

Casi la misma que le regala cada día Álvaro. Desde que llegó al mundo. Era verano y hacía calor. Agosto en Madrid es sinónimo de

sudores y un embarazo, dicen las que han pasado por ello, casi mejor intentar programarlo para el invierno. Era ésa la única preocupación. Ventilarse, hidratarse y dormir de la mejor forma ante la llegada del segundo convocado.

No faltaba prácticamente nadie, incluso una tía que es como una segunda madre para Trini quiso acompañarla y, aunque siempre es una situación que genera un cierto estrés e incertidumbre por el deseo de que todo vaya bien, el ambiente era relajado, ya que la experiencia con el primer niño había sido satisfactoria.

Álvaro vino al mundo el primer martes de agosto. Se acababa la década de los ochenta y futbolistas buenos, de los que le encajan en su perfil de aficionado al balón, como Robbie van Persie, Vedad Ibisevic o Bafetimbi Gomis, nacieron esa misma fecha. También celebraba su cumpleaños uno de los científicos que más ha contribuido al desarrollo de la medicina: Alexander Fleming. Seguramente ni siquiera el descubridor, entre otras cosas, de la penicilina hubiera podido advertir anomalía alguna en el recién nacido. Ni su madre, ni su abuela, ni sus tíos, ni la esposa de Camacho, muy pendiente también durante todo el parto y que tuvo en brazos casi dos horas al retoño, detectaron nada extraño en esos primeros arrumacos. Todo era felicidad y normalidad. Los pediatras cumplían con el protocolo posparto y firmaban el alta hospitalaria dos días después. Llegaba al distrito de Fuencarral un nuevo vecino. Era Álvaro.

Trini, al ver que se repetían los pasos de su primera experiencia como madre, pidió a sus padres que volviesen a Málaga y que disfrutasen del Mediterráneo en lugar de achicharrarse en el cemento madrileño. Para qué quedarse y privarse de la playa de La Malagueta si en casa de los Del Bosque trabajaba una asistenta y su ayuda era más que suficiente para aportar la mano necesaria en una situación de esas características.

Se fueron yendo todos con la tranquilidad de ver esas primeras horas de vida encarriladas. Las sensaciones eran buenas y estaban ratificadas por los informes médicos. Pero tuvieron que volver al poco tiempo. No hubo lugar ni a que llegase el otoño. El destino se atravesó. Tras una rutinaria revisión al recién nacido, surgió un término que ya no olvidarían nunca más. Trisomía. En lenguaje médico, la trisomía es la existencia de un cromosoma extra. El ser humano es portador de veintitrés pares de cromosomas que contienen toda la información genética. De esos veintitrés pares, uno, el famoso XY, es el que determina el sexo, y los veintidós restantes explican el porqué hasta del color de ojos y de pelo.

El pediatra al que acudía Trini casi de forma involuntaria, al colocarlo de espaldas en la camilla, detectó que algo no iba como marcaban los libros. Ordenó pasar a Vicente, que aguardaba en la sala de espera de la consulta con su hijo mayor. Entrelazó las manos con su mujer y apretaron los dedos buscando que esa mala intuición que respiraban en el ambiente fuese algo pasajero.

—Hay que hacer un cariotipo —dijo el doctor.

Un cariotipo no es más que el patrón cromosómico que se obtiene con un pinchazo para tomar una muestra de microscopio. Una fotografía en la que se deben contar nítidamente cuarenta y seis puntitos agrupados por parejas. Ni uno más. Ni uno menos.

A finales del siglo XIX, el británico John Langdon Down ya había descrito y documentado la posibilidad, a una media global de uno cada setecientos nacimientos, de la alteración del par veintiuno con un tercer cromosoma. Lo que hoy en día se conoce como síndrome de Down.

Las pruebas practicadas a Álvaro necesitaron de varios días para arrojar su resultado final. Cerca de veinte. El Real Madrid como institución medió para que no faltase de nada. Había puesto semanas

De niño trabajaba su precisión en una portería dibujada con tiza

atrás a varios médicos a su servicio para estar pendientes de la criatura. Y no había la certeza de un diagnóstico.

Mientras, la tensión aumentaba por momentos en el seno de la familia, que volvía a dar muestras de unión. Todos se congregaron en la casa de Vicente y Trini. Fermín, el hermano de Vicente, acudió como cada mañana a la sucursal del banco en la que trabajaba y, una vez cumplido su horario, se desplazó rápidamente desde Salamanca. «Brindaremos con champán para celebrar el resultado negativo», les decía a todos para relajar el nerviosismo. Tras un sinnúmero de llamadas al centro médico, la jefa de servicio emplazó a Trini a las siete de la tarde para examinar las conclusiones analíticas. Era una buena hora, porque Del Bosque ya habría terminado su entrenamiento y estaría de vuelta en casa.

Pero todo se precipitó. Pasadas las cinco sonó el teléfono.

«Positivo.»

Nunca un positivo había sembrado una sensación tan negativa y de desazón. Gritos, lágrimas y bajonazo. Minutos largos, de los de más de sesenta segundos. Hasta que llegó Vicente a su casa. Abrió la puerta. Venía advertido, porque le habían telefonado a la centralita de la ciudad deportiva. Sin sentarse, de pie junto a todos, acalló los sollozos y dirigiéndose a su suegra, a la que siempre trataba de usted en señal de respeto, pero sin apartar la mirada a su esposa dejó un mensaje sólido y nítido: «Mire, Pepa... os quiero decir a todos una cosa. No quiero ver ni una lágrima en esta casa. Quiero que mi hijo vea felicidad. Nos ha tocado a nosotros y vamos a sacarlo adelante. Tenemos medios y quiero que este niño vea felicidad a su alrededor».

De repente a todos les cambió el rostro. Fueron palabras reparadoras de un dolor agudo por inesperado. «Esto es ser un caballero, esto es un hombre de verdad. Un padre como Dios manda», masculaba en voz baja Trini después de escuchar sin pestañear a su marido.

Valoraba su reacción positiva. Sus ganas de construir un futuro feliz en común pese a la rebeldía que podría llevar por dentro. De boca de Vicente no salió, en ese instante de enorme carga emocional, el lógico «¿por qué a mí?». Ni un reproche, ni un gesto de locura repentina, ni un rebote. Nada.

Vicente cogió la mano de Trini y se la llevó a su habitación buscando una soledad y una cercanía imprescindibles para gestionar ese instante tan intenso. Le dio un fuerte abrazo y se sentaron a los pies de la cama.

—No quiero verte llorar —le dijo—. Habrá muchos matrimonios felices en el mundo, pero más que el nuestro, muy pocos —concluyó, dejando tras de sí una señal inequívoca de gran categoría humana.

Y de intuición. Del Bosque no falló ni en su análisis ni en las consecuencias. Álvaro trajo consigo varias cosas. Un nuevo estilo de vida, algún cambio de rutinas, más atención a pequeños detalles, pero, sobre todo, enriqueció la convivencia familiar.

Aunque se describa como una pareja idílica, Trini y Vicente también discuten. No siempre están de acuerdo en las formas y a veces ni siquiera en el fondo de las cosas. En los grandes temas generalmente hay consenso y una directriz común, sin ambigüedades que despisten y desorienten la educación de los críos, pero, en asuntos tan domésticos como ir de compras, horario de llegada o salida, tareas de casa, etcétera, el modo de encararlos es completamente diferente. De entrada, Vicente apenas se mete. Observa y da la llamada por respuesta. Detesta discutir y, como si fuera un delantero, el Santillana o el Roberto Martínez de su época, sólo aparece para marcar, es decir, cuando habla, sentencia sin necesidad de gritos y malas caras. Trini, en cambio, tiene la temperatura de la sangre algo más elevada. Batalla en el día a día con sus tres hijos y esa cotidianidad invita a elevar la

voz en ocasiones y a que el mensaje no cale tan profundo. «No hacen ni caso, pero son muy buenos hijos», reconoce orgullosa.

Con los lógicos matices, los tres han recibido el mismo trato. Vicente, el mayor (3 de marzo de 1987), es el más pausado. Gema, la pequeña (seis años de diferencia, pues nació el 29 de mayo de 1993), es la más rebelde y Álvaro, el mediano (dos años menos que Vicente y cuatro más que su hermana, nacido el 6 de agosto de 1989), es el ojito derecho de todos. Trini lo considera «el pegamento de la familia», ya que siempre tiene la iniciativa de acudir a solucionar los pequeños conflictos. Es muy habitual oírlo decir «papá, dale un beso a mamá» para que no haya más discusión. Esa clase de detalles hacen pensar a Del Bosque que fue «gilipollas al principio» por no entender que, lejos de ser un problema, acabaría por convertirse en una bendición, tal y como le explicó a la periodista Gemma Herrero en el libro *39 historias solidarias alrededor del deporte*, donde una de esas historias precisamente gira en torno a la figura de ambos.

La peculiaridad de Álvaro obligó a Trini a sumergirse en un mundo desconocido pero tan apasionante como reconfortante. Se viven historias duras en el plano personal, emocionalmente fuertes, de las que revuelven y agitan la parcela de los sentimientos y conmueven, pero al final siempre hay un atisbo de esperanza que hace que todo se encare de mejor forma, con un espíritu renovado. Desde su trabajo en la Fundación Síndrome de Down de Madrid (www.downmadrid.org), Trini ha visitado a muchos padres con una situación similar. Ha compartido su experiencia y esa luz que emana de los ojos de su hijo.

Desde el minuto cero afrontaron su aprendizaje y su tránsito por la vida con la mayor naturalidad y normalidad. Estudió, junto a sus hermanos, en el colegio de integración del Sagrado Corazón de Madrid y formó parte del programa Stela, un proyecto innovador en el

campo de la integración social puesto en marcha en el año 1995 por parte de los responsables de la FSDM, entre los que se encuentra Trini. El programa tiene como objetivo la inserción social y laboral de las personas con síndrome de Down y discapacidad intelectual en general con entornos ordinarios de trabajo a través de la metodología del empleo con apoyo, como vía para su plena integración en nuestra sociedad.

En el caso de Alvarate, como lo llaman casi todos, la inserción está siendo un éxito. Finalizados sus estudios, trabajó en la Fundación Randstad y llegó a recibir una propuesta de la Federación Española de Fútbol, algo que le entusiasmaba por la posibilidad de estar cerca de su padre y de los futbolistas a los que idolatra, pero se descartó tal posibilidad para evitar problemas y comentarios innecesarios. Del Bosque fue rotundo con Jorge Pérez, secretario general y quien ofreció el contrato laboral: «No te vuelvas loco. Álvaro no trabajará aquí nunca por motivos obvios. Pero sí me gustaría que la Federación diese visibilidad al síndrome de Down contratando a algún chaval para desempeñar alguna labor».

Ahora la rutina laboral de Álvaro comienza pasadas las siete de la mañana de cada lunes y dura hasta el viernes. Suena el despertador, aseo personal, desayuno con sus padres y combinación de transporte público (metro y autobús urbano) para llegar desde el barrio del Pilar hasta la zona del Club de Tenis Chamartín, donde tiene su sede Alentis, un brazo de la Fundación ONCE donde el mediano de los Del Bosque ejerce no sólo de administrativo, sino que protagoniza el efecto contagio de la sonrisa matinal entre los más de doscientos empleados de la firma.

A su padre se le ablanda el corazón después de los cereales y casi siempre decide ejercer de chófer y llevarlo en coche hasta su puesto de trabajo. Medio en broma, medio en serio, les repite con frecuen-

cia a sus hijos que sólo le falta el sombrero de plato para que el papel esté correctamente interpretado. A Trini ese proteccionismo no le gusta. Dada la condición de diabético de Álvaro, las caminatas le vienen genial para estabilizar los niveles de azúcar, por lo que pide, sin éxito, a su marido «que no sea tan blando».

Sus ratos libres los aprovecha fundamentalmente para jugar a la consola y al fútbol con sus amigos en el torneo federado que organiza la Fundación Prodis. Cada martes y cada viernes de entrenamiento, acude con una camiseta de un equipo. Distinta. De un jugador diferente. Se las regalan los propios futbolistas, casi todos ellos internacionales de la selección que sienten algo especial cuando comparten unos minutos con él. También los amigos, su familia y todos aquellos que tienen algo que ver con el seleccionador, que cuando acude a cualquier acto a menudo es agasajado con presentes para su hijo, todos relacionados con el fútbol. Su última gran adquisición, la camiseta con el doce de Juanfran, jugador del Levante con quien disfrutó grandes ratos en Estambul.

Y es que Álvaro no tiene colores de equipo. No es ni del Real Madrid ni del Barcelona. Tan sólo de la selección. Va con su padre y con los jugadores que son de su agrado. Por cuestiones de edad no vivieron tan de cerca la época madridista de su padre, aunque, en el caso de los dos chicos, Vicente ya tiene la insignia de plata por sus veinticinco años como socio y Álvaro está a punto de recibirla.

Podría decirse que es un purista del balón. Todo lo que tenga que ver con el fútbol atrapa su atención. Según su hermano, Álvaro cuando juega es «un poco chupón y no pasa la pelota», por eso «le mete caña» para que los padres de los demás niños no se hagan una mala idea. Contrasta su juego con sus gustos más proclives a la seña de identidad del fútbol español: el centrocampismo. De ahí que Xavi

Hernández es algo así como su gran referencia. Ocupa el lugar preferencial que dejó en su corazón Raúl cuando abandonó, en la época de Luis Aragonés, el equipo nacional. Raúl era «lo más» y ahora esa etiqueta la porta el capitán del Fútbol Club Barcelona y el jugador, después de Iker Casillas —al que también quiere muchísimo—, con más internacionalidades con la Roja de España.

No es infrecuente que mande mensajes de WhatsApp al teléfono privado del seis culé. Éste no tarda ni medio minuto en contestar con la misma coletilla: «Álvaro, crack, ¿cómo estás?», pasando luego a comentar los partidos que juega. Para el futbolista de Terrassa, que también está habituado a tratar con chavales con síndrome de Down, «su sensibilidad los hace especiales». Una recarga completa de humanidad. Álvaro no se ha olvidado nunca de preguntarle por el estado de salud de Eric Abidal o Tito Vilanova, ambos convalecientes durante una larga etapa. Seguro que ya han hecho cábalas con respecto a las posibilidades en el Mundial de Brasil. Nada más concluir la fase de clasificación y las eliminatorias de repesca, Álvaro, con una cuidada caligrafía adquirida a base del tesón de la madre y de disciplina a la hora de aplicarse con los imprescindibles cuadernos de Rubio, diseñó los bombos del sorteo, con sus cabezas de serie y las opciones buenas y malas para revalidar título. Todo apoyado por su tableta e internet para buscar esos datos que rara vez se le escapan.

Porque ver ganar a su padre es una de sus máximas alegrías. Mientras que sus hermanos, Gemma y Vicente, no verían con malos ojos una retirada de los banquillos, Álvaro siempre quiere más. El hecho de que pretenda extender su compromiso hasta la Eurocopa de Francia lo satisface. Lejos de medir el riesgo de un mal resultado mundialista y de las inevitables críticas ante un escenario semejante, él confía en el buen hacer no sólo de los jugadores a los que tiene en un pedestal, sino también de la capacidad del seleccionador, a quien ha

dejado recomendar convocatorias y alineaciones. Al principio el eslogan era: «¡Que vuelva Raúl!»; luego, tal y como explica Sergio Ramos, «el nombre de Dani Güiza siempre salía en sus conversaciones, hasta el punto de que Vicente comentaba divertido: “¡Mira qué retahíla se trae con Güiza!”», concluyendo sus reivindicaciones con la titularidad de Casillas en la portería.

Aunque su silencio más significativo es el concerniente a su charla con José Luis Rodríguez Zapatero, presidente del Gobierno de España en 2010, quien recibió en audiencia en el palacio de la Moncloa a la selección el 12 de julio de 2010. Un día después de levantar la Copa del Mundo, tras un largo pero feliz viaje desde Johannesburgo.

Álvaro, junto a sus hermanos, su madre y parte de sus primos, se había embarcado en el vuelo chárter que la Federación Española fleó para los familiares y los compromisos de los patrocinadores.

Con el tiempo muy justo y la agenda calculada al segundo, acudieron expectantes al Soccer City. Antes disfrutaron, o padecieron, según preguntes, del invierno austral y la naturaleza salvaje de la capital surafricana. Buscando los cinco grandes (león, elefante, búfalo, rinoceronte y leopardo) en un safari exprés, frío intenso (alguna noche durmieron los cuatro juntos) y vivencias con el resto de seres queridos de los internacionales, pasaron las horas previas al partido más importante de la historia del fútbol español.

Como suele hacer siempre que ve un partido de España, Álvaro se vistió con la misma camiseta que los jugadores (en aquella ocasión la segunda equipación era azul marino) y la familia respetó en la medida de lo posible las posiciones ya distribuidas en el salón de casa cuando ven el fútbol por la tele. Álvaro de pie en el arranque del partido para sentarse luego en el centro. A su izquierda, su hermano Vicente, y a la izquierda de éste, su novia Arola. Trini pegadita a

Álvaro, a quien le coge la mano con fuerza de vez en cuando. A la derecha de todo, Gema. Gritos de lamento, uñas comidas, nervios y saltos de júbilo. Como un resorte emergió Álvaro cuando Cesc Fàbregas habilitaba a Iniesta para superar a Stekelenburg.

Ver llorar a su primo, el hijo de Fermín al que nunca habían visto derramar una lágrima, fue de esas escenas que le impactaron aquel día.

Luego, tras el final de la prórroga y el acto protocolario de la entrega de la Copa, quiso bajar junto a su madre a los vestuarios. No hubo tiempo. La lanzadera con destino al aeropuerto aguardaba en los aledaños del Soccer City y no cabía detenerse para abrazos.

Doce horas después ya estaba en Madrid. Respirando un ambiente festivo en las cercanías del paseo de La Castellana como nunca otra vez se ha visto. Desde el Gabinete de Presidencia del Gobierno se le llamó para esperar en la residencia oficial a la comitiva federativa que estaba a punto de llegar. Del Bosque no sabía nada al aterrizar, pero acabó enterándose en el trayecto desde Barajas.

Cuando el autocar de la Roja aparcó frente a la escalinata de Moncloa, bajó el primero, preocupado porque el carácter extrovertido y libre de prejuicios de su hijo pudiese importunar a todo un jefe de Gobierno.

El caso es que alguien de protocolo le advirtió que llevaba un buen rato de charla con Zapatero. Pasarán los años y no se sabrá si arreglaban el país o analizaban el torneo, pero Álvaro echa balones fuera cuando se le pregunta (ni siquiera a sus padres se lo ha confesado) y responde con un «son cosas nuestras».

Las vivencias compartidas, en cambio, fueron las escenas en el autobús descapotable que realizó la rúa más concurrida del deporte español. Junto a los Iker, Iniesta, Ramos, Capdevila y resto de componentes del equipo nacional estaba Álvaro. Era su deseo. Su sueño. Y su padre, como si de un mago de Oriente se tratase, se lo hizo

cumplir. Primero ganando el Mundial y luego, siempre según las normas, solicitando el permiso pertinente a Jorge Pérez, secretario general de la Federación, para que le concediesen tal excepción. El plantel lo considera un miembro más del grupo y no hubieran entendido una negativa.

Porque Álvaro es el mejor nexo de unión posible. Gabriel Masfurroll, en su día vicepresidente del F. C. Barcelona y ahora, entre otras cosas, un gran activista solidario a través de sus fundaciones (Laureus, Álex, Ánima y Proyecto Aura), conecta con Del Bosque a través de lo que él denomina «la doble A», en referencia a Álvaro y a su hijo Álex, también con síndrome de Down y que falleció con apenas tres años de edad.

Álex es el hilo conductor del proceder de Masfurroll. Su fuente de inspiración y el motor de sus actividades filantrópicas, en las que participa activamente el seleccionador nacional, antiguo rival futbolístico (que no enemigo) y que se ha convertido en cómplice con el que comparte valores y motivaciones. Lo define como una persona «inteligente, buena gente, que va de frente, que mira a los ojos, amigo de sus amigos, solidario y generoso».

Masfurroll asegura que, si un día escribiese en su columna de *Marca* «Cartas a Álex» sobre Álvaro del Bosque, pondría algo parecido a «un chaval con mucha suerte por haber nacido en el seno de una familia sensible, que lo estimula y que le da un trato normal dentro de los problemas que pueda tener. Hacen algo excepcional».

Y es que la palabra, discapacidad, es un concepto subjetivo para el que fuera directivo culé, ya que entiende que «todas las personas tienen algún tipo de discapacidad, aunque no todas ellas son conscientes de ello».

Y considera que lo que hacen es «excepcional», porque todos los que pasan por ese proceso sienten en algún momento, generalmente

al principio, una sensación «de reproche, de rechazo» que se acaba superando a base de amor. De amor y de conocimiento. Del Bosque siempre ha tenido inquietudes. Es un gran conocedor del mundo de las finanzas, le pregunta mucho por la industria sanitaria a Masfurrroll (quien puso en marcha USP, la primera cadena privada de hospitales de España) y desde que Álvaro llegó al mundo dedicó su empeño a aprender todo lo que su hijo necesitaba. Nunca se ha cerrado puertas por culpa de prejuicios absurdos. A pesar de su condición de madrildista, tiene buenos amigos azulgranas o atléticos al igual que Masfurrroll, íntimo de Raúl González Blanco, con quien vio la final del Mundial en su domicilio particular.

Vicente y Gabriel comparten un montón de vínculos. Al margen del fútbol y su papel en la sociedad, su matrimonio apunta hacia las bodas de oro, han tenido tres hijos (dos niños y una niña), se atrevieron con un tercer embarazo después del nacimiento de Álex y Álvaro, circunstancia que acabaron entendiendo como un regalo de autenticidad. Se han humanizado más, han descubierto que hay un mundo paralelo al que a veces no se le presta atención y han sido capaces de mirarlo a la cara a pesar de ser adverso. Por ello dan gracias.

Álvaro del Bosque no es que sea uno más, es que lo ha hecho tan bien que casi se ha convertido en el más mediático de la familia. Esa condición se comprobó el día de la final de la Eurocopa de Polonia y Ucrania. El 4-1 ante Italia a punto estuvo de estropearse después de las celebraciones. Una vez más, Álvaro y su madre bajaron a los vestuarios a saludar a Vicente y a los jugadores. En una de las antesalas vetadas al público se les acercó un guardaespaldas de la Casa Real y les dijo: «Álvaro ven, el Príncipe quiere entrar contigo al vestuario».

Y Álvaro entró. Lo que no pudo hacer en el Mundial lo consiguió en la tercera Eurocopa de España, la segunda consecutiva y la

Desde hace 35 años, hace siempre la misma quiniela

primera que lograba su padre. Toni, el utilero del equipo nacional, le regaló la camiseta conmemorativa que Adidas ya había serigrafiado con la estrella ganada en Sudáfrica y con el membrete que acreditaba el triunfo en territorio ucraniano.

A la salida no recibieron las indicaciones correctas y abandonaron el estadio olímpico de Kiev por la puerta equivocada. Un cruce mal elegido y un manejo de nervios hicieron que se perdieran en un callejón con mala pinta. El teléfono de Trini se quedó sin batería y la hora de acudir al aeropuerto se echaba encima. De pronto apareció un joven con la cara pintada de rojo y amarillo y la camiseta de España.

—Perdone, señora, ¿este chaval es el hijo de Vicente del Bosque, no?

Trini contestó afirmativamente. Agobiada por la situación. Apurada. El chico les cedió gentilmente su teléfono móvil y con media docena de llamadas arreglaron el embrollo. Para embrollo, pero con un tono mucho más gracioso, el que protagonizó Del Bosque en un hotel junto a Piqué, Shakira y los padres del futbolista. Estaba también Álvaro presente. De repente, su padre va y dice, dirigiéndose a la cantante: «Tiene novia. Se llama Núria. Pero no es tan famosa como tú», provocando la sonrisa en los presentes y la sorpresa de su hijo, cuyo carisma va en aumento.

Ese carisma le ha valido entre otras cosas para que, en Carboneros (Jaén), las autoridades locales decidiesen bautizar con su nombre el pabellón municipal.

Era el segundo viaje por España de su equipo de fútbol. El primero fue a Lobosillos, en la provincia de Murcia. El ritual siempre ha sido el mismo. Convocatoria de los jugadores del A y del B del Colegio Sagrado Corazón en la plaza del Duque de Pastrana a las siete

de la mañana. El autobús preparado y Vicente del Bosque en el primer asiento para acompañarlos. Una única canción se oye en algo más de cuatro horas de viaje: «Vicente, Vicente, Vicente es cojonudo, como Vicente, no hay ninguno».

Álvaro, sentado junto a su inseparable amigo Diego, canta y bromea con la perilla de su compañero. Cualquiera día se la deja.

Quizá el 13 de julio. Ese día se juega la final del Mundial en Maracaná. España lo hará de rojo, con la nueva camiseta diseñada para la ocasión. Y quién sabe si con los nombres y los números impresos con una tipografía especial. Nada de Arial, Courier o Times New Roman. La deseada por Del Bosque, y así se lo ha hecho saber a los rectores federativos, es Anna: una caligrafía diseñada por una joven de Barcelona con síndrome de Down llamada Anna Vives que, bajo el paraguas de la Fundación Itinerarium, ha diseñado de forma especial 126 caracteres. Es la primera tipografía en el mundo que tiene como fin sensibilizar y fomentar las capacidades de los colectivos con más dificultades con el objeto de su integración en la sociedad. Iniesta es uno de los padrinos y estaría encantado de regalar su número seis a Álvaro en el viaje de regreso a España. El penúltimo obsequio. El que más desea ya no tiene que ver con el autobús por las calles de Madrid. Prefiere subirse al avión y sentarse junto a Xavi y Casillas. Con dos estrellas en el pecho y dando respuesta a la pregunta que cierra el círculo en el corazón de Vicente. Del frustrado «¿por qué me ha tocado a mí?» pasando por el humilde «¿y por qué no me iba a tocar?» para concluir en la reflexión más importante que hubiera cambiado por completo el guión de este libro: «¿Qué sería de nosotros sin él?».